

"Castigo a destiempo"

Juan Cristóbal Espinosa Hudtler



Capítulo 1

Castigo a destiempo

El inspector Christopher Morrison tenía la mirada fija en el rostro del anciano. Parecía que con la vista trataba de definir si el pobre enfermo seguía respirando. En la habitación hacía un poco de calor y la enfermera había descorrido las cortinas por completo para que se pudiera ver el paisaje de la ciudad. Estaban en el piso número quince y las vistas eran muy buenas. Se veían algunos rascacielos, el río y algunas zonas verdes en las que la gente paseaba por los parques. Era domingo y la familia de James Caldwell no tardaría en llegar. Harían la misma pregunta de siempre: "¿Podemos desconectarlo ya?". Era la forma en que pedían la autorización para practicar una eutanasia asistida. Caldwell se lo había pedido a su hija cuando todavía podía hablar y los dolores de su cáncer no eran tan intensos y le permitían conversar normalmente. Llegó Mariane acompañada de su esposo Jerry. Con miradas de complicidad esperaron a que Christopher les diera el visto bueno, pero éste se mantuvo en su posición argumentando que la ley no autorizaba esa forma de ayuda y por otro lado Dios no permitía que se asesinara a un pariente por muy enfermo que estuviera. Sabían que para los doctores todo estaba claro y lo único que hacían era administrarle las medicinas para que pudiera soportar, en la medida de lo posible, los intensos ardores que le quemaban por dentro. Pasaron unos cuarenta minutos de relación tensa. James entreabrió los ojos y quiso decir algo, pero estaba tan débil y castigado por la enfermedad que no lo logró. Los temas fueron subiendo y bajando por las vías de una montaña rusa en la que las subidas representaban los éxitos de los chicos en la universidad, las curvas los imprevistos en el trabajo y los planes de la vida cotidiana, y las bajadas eran los gastos y los fracasos en el estudio y el trabajo. Después de mantenerse firmes ante la incomodidad de no poder resolver el problema principal que les atañía, se levantaron de sus butacas, le dieron un beso al viejo en la frente, le preguntaron al doctor por el estado de salud y la esperanza de vida, acomodaron las flores en el jarrón y se despidieron del inspector con un fuerte estrechón de manos. Christopher Morrison los vio salir con parsimonia y remordimiento de conciencia. La enfermera volvió y le preguntó si deseaba seguir allí porque era su hora de comida y no regresaría hasta después de una hora u hora y media. Christopher le dijo que no se preocupara y que si tenía alguna urgencia o duda ya se lo diría a otra empleada del hospital. La sonrisa de agradecimiento de la mujer morena provocó que se le salieran los pensamientos en voz alta al jefe de policía.

Tienes que aguantar un poco más, James, ya te falta poco para morir, pero como bien sabes no te puedo dar el gusto de que te vayas tan rápido. Me reprocharás todo lo que he hecho estás últimas semanas convenciendo a los médicos para que hagan hasta lo imposible para

mantenerte en este mundo, es necesario que permanezcas aquí hasta el último minuto. Además, fuiste tú quien empezó con toda esta historia. Jamás te hubieras acercado a mí. ¿Qué fue lo que te obligó a despertar mi curiosidad? ¿Recuerdas cómo empezó todo? Seguro que sí. Mira, yo estaba desembrollando un caso, tenía mal humor y me dolía la cabeza. Ya llevaba unas cinco tazas de café muy cargado y no tenía ganas de seguir. Fue cuando Tom, mi ayudante, llegó con esa diadema. Es para ti James—me lo dijo como si le hubieran indicado que era un regalo—. La habría tirado a la basura sin ni siquiera mirarla, pero ya sabes como es nuestro instinto, James, eres inteligente y sabías que ese objeto me iba a despertar un maldito gusano venenoso. Seguro que te imaginabas mis noches de insomnio y te reías. Lo que no sé con exactitud es si lo habías calculado todo. Quiero decir en días o en horas. Era imposible saber en ese momento que me tardaría casi medio año en llegar hasta ti. Tu tenías los hilos en tus manos, planificabas cada paso para irme llevando a los crímenes que cometiste. Hubo cosas que no podías saber antes de tiempo, pero de cualquier forma eras un dramaturgo de la vida reconstruyendo tus crímenes y desenrollando esa tragedia que vendríamos a terminar juntos aquí. Recuerdo que me quedé mirando el pequeño adorno y pasó cerca Mariane que me dijo que se le hacía conocido, que lo había visto alguna vez en un archivo. No te imaginas lo terrible que fue buscar esa maldita foto, James. Revisé los asesinatos del año pasado, eran más de trescientos homicidios en todo el estado, pero tú sabías que no era de nuestro condado, ni de nuestro estado, ni de este decenio. Seguro que te burlabas, que me veías como un ratón royendo los archivos. Primero en el ordenador, luego en las carpetas viejas de nuestro archivo. Quería darme por vencido, la verdad James, no tenía paciencia, me comenzaron a devorar los medios. ¿Cómo sabías cuáles eran los momentos decisivos, James? Las pistas llegaban a tiempo, cuando ya tenía los mechones de pelo listos para arrancármelos. Me conocías, me habías visto cerrando un caso al que no le encontramos ni pies ni cabeza. Eras soberbio, muy audaz y con una inteligencia privilegiada. No te me acercaste nunca. Jamás te decidiste a intercambiar un saludo conmigo, creías, o más bien, estabas seguro de que me encontrarías cuando se te antojara. Mientras había mucho por hacer. ¿Cuál era tu meta, James? ¿A cuántas mujeres querías asesinar? Siempre me quedará la duda. Fue una obra de arte, James. Lo reconozco, hacías las pausas necesarias, me dejabas frío de terror en los peores momentos, me enfrentabas al dolor del pasado, revivías esas angustias en la gente con mis interrogatorios. ¿Eso lo lograbas ver con tus propios ojos? O ¿Era tu mente inquieta y calculadora la que te daba ese gusto? Podías haber sido un gran científico, podrías haber llegado muy lejos aportando maravillosos inventos a la comunidad, a toda la gente, al mundo entero.

Todo este tiempo te fui reconstruyendo. Pieza por pieza. ¿Cuándo te estropeaste James? ¿En que momento desaparecieron tus sentimientos y te surgió la duda? ¿Cuándo empezaste a causarle dolor a los demás para comprobar que eras capaz de sentir? He pensado tanto en ti. No te

imaginas los razonamientos en los que me he sumido tanto tiempo. Te veo en la juventud, maltratado, sufriendo por ese monstruo que se fue germinando en tu interior. Y todo por qué, James, ¿por una mocosa que te ofendió? ¿por una mujer que te dijo que eras impotente? Esas no son suficientes razones para asesinar. Era venganza, ¿verdad? ¿Tenías una imagen materna dolorosa? Sé que no me lo dirás jamás, pero la psicología me ayuda, James. Tal vez no lo descubra todo, pero Freud me guía, no es el mejor, pero está a tu altura y es una autoridad para mí. El me ayudó con las primeras piezas, luego tuve que seguir sólo, se hizo un asunto personal. Lo sabías. Puedo ver tu risa incluso ahora que estás al borde de la muerte. Lo malo es que tu risa es cruda. Lo ha sido siempre, ahora está seca y cadavérica. Vamos a reír juntos, James, te lo cuento de principio a fin y con los párpados me lo dices. Si me equivoco parpadeas dos veces, si estoy en lo cierto, no hagas nada. ¿De acuerdo? Bueno, vamos a jugar, James. Sé como lo planeabas. Buscabas una casa en otro barrio o en otra ciudad. Tu empleo te lo permitía. No te costaba nada convencer a tu esposa. Tus hijos iban bien en la escuela. Les heredaste tu capacidad, tu ingenio. Los guió tu mujer por el buen camino, tú sólo hacías lo necesario para no estropearlos. Antes de marcharte, cuando ya tenías tu mudanza lista, realizabas tu rito. Te excitaba la marcha. Querías despedirte con un acto brutal. No describiré tus maléficas y demoniacas acciones. ¿Te sentías Dios, James? ¿Era eso? No, Tu eres egoísta, gozas tu individualidad. Me asalta una pregunta. ¿Te habría dolido la pérdida de tu hija? Me asombras, James, no parpadeas. Un ser como tú debería decir que no. ¿Qué tal si en la próxima visita le cuento todo? Ah, ríes, está bien. Has entendido la broma. Ella no lo creería nunca, incluso si viera tus rastros y le dijéramos que algunas de las víctimas fueron conocidas tuyas. ¿Eso fue ocasional? No, eso no va contigo, amigo mío. Tu mente es demasiado perspicaz. Yo no soy brillante, James, mi mente es débil, ingenua y frágil. Tu eres como un gran jugador de ajedrez. Preves los movimientos de tu enemigo, sabes lo que la gente hace en cada situación. Creo que incluso lograste rebasarte a ti mismo. Eso, tal vez, fue tu perdición, James. Lo que no sé es qué vamos a hacer ahora. Entiendes que no puedo llevarte a juicio por tus homicidios, no soportarías, sería una gran estupidez. ¿He hecho mal en cobrar venganza con mi propia mano? ¿Te ríes? Eres un hombre astuto, James, otro en tu lugar sentiría remordimiento de conciencia u odio. Tú no buscabas el sexo, ¿verdad, James? Sé que eres impotente, no incapaz de haberlo hecho, sino impotente de verdad en el sentido físico. Aunque, eso no te afecta, James. Eres insensible y tu hija tiene la suerte de ser de otro padre y tu hijo no es como tú. En absoluto, James. Su padre es un buen hombre. Es por lo que nunca congeniaste con él. Tal vez, el pequeño John sea más de mi tipo. Es muy parecido a mí en su conducta. Le gusta su trabajo, es buen padre y no oculta cosas como tú. A lo más que llega es a tener alguna aventurilla extramatrimonial, pero nada que afecte demasiado a su mujer. Para ti las aventuras debían producirte adrenalina, ¿verdad? Desafiabas al destino, le dabas oportunidad al azar de ponerte trampas, pero siempre

ganaste.

Oh, James, lo siento, creo que te estás poniendo mal de verdad. Estoy pensando que serás capaz de soportar el dolor físico, ya estás acostumbrado. Si pierdes el sentido, te prometo que llamaré a la enfermera. Ahora, aguanta. Tenemos mucho que aclarar, James. No seas mal amigo. Acepté tu propuesta y cumplí. ¿Tú tienes honor? ¡Claro! Es tu mejor cualidad, James. Te lo decías a ti mismo. Cuando te decían: "vámonos a dormir, papá". ¿Qué hacías, James? ¿Qué excusa dabas en tu casa para ir a cometer tus crímenes? ¿Sí? ¿Lo ves? Oh, James, no respiras. Dime que no te has ido. Contéstame, dame una esperanza, unas horas más, aunque sea sólo un par. Me falta contarte lo que sintieron las madres de las mujeres que ahorcaste, James. No, no te vayas, James. Eres mal amigo, James. ¿No has podido soportarlo? No te puedes quebrar ahora, amigo. Mira, ahí viene la enfermera. James, demuéstrole que has podido soportar, que puedes seguir oyéndome unas horas más...

Señor Morrison, lo siento de verdad. Su amigo ha muerto. ¡Qué lástima! Usted ha sido testigo de sus sufrimientos durante estos días. Ahora ya descansará en paz. Reciba mi más sentido pésame. Un favor, señor Morrison. Dígaselo de una forma discreta a sus familiares. Gracias.